

tambien mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que cuando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen á un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco, que era sujeto á Tezcuco; porque en aquel pueblo habian muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narvaez y aun de los nuestros y muchos tlascaltecas, y robado tres cargas de oro cuando nos echaron de Méjico; y los soldados que mataron eran que venian de la Veracruz á Méjico cuando íbamos en el socorro de Pedro de Albarado; y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que mas merecian los de Tezcuco, porque ellos fueron los agresores y capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de Méjico, y porque en aquella sazón no se podia hacer otra cosa, se dejó de castigar en Tezcuco. Y volvamos á nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el capitán le mandó, así en ir á la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dejar allí á los dos mancebos señores della, y fué al Pueblo-Morisco, y antes que llegasen los nuestros ya sabian por sus espías cómo iban sobre ellos, y desampararon el pueblo y se van huyendo á los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres ó cuatro porque hubo mancilla dellos; mas hubiéronse mujeres y mozas, é prendió cuatro principales, y el Sandoval los halagó á los cuatro que prendió, y les dijo que cómo habian muerto tantos españoles. Y dijeron que los de Tezcuco y de Méjico los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podian pasar sino uno á uno, porque era muy angosto el camino; y que allí cargaron sobre ellos gran copia de mejicanos y de Tezcuco, y que entonces los prendieron y mataron, y que los de Tezcuco los llevaron á su ciudad, y los repartieron con los mejicanos; y esto que les fué mandado, y que no pudieron hacer otra cosa; y que aquello que hicieron, que fué en venganza del señor de Tezcuco, que se decia Cacamatzin, que Cortés tuvo preso y se habia muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes, que habian rociado con ella á sus ídolos; y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenian sus pelos y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su cu mayor; y halláronse muchos vestidos de los españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos; y tambien se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en mi compañía.» Este Juan Yuste era un hidalgo de los de á caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narvaez habia traído; de todo lo cual el Sandoval y todos sus soldados hubieron mancilla y les pesó; mas ¿qué remedio habia ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres é hijos, y algunas mujeres que se pren-

dian lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval, á cuatro principales que prendió y á todas las mujeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdon, y dieron la obediencia á su majestad y prometieron de ser siempre contra mejicanos y servirnos muy bien; y preguntados por el oro que robaron á los tlascaltecas cuando por allí pasaron, dijeron que otros habian tomado las cargas dello, y que los mejicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro habia sido de Montezuma, y que lo habia tomado de sus templos y se lo dió á Malinche, que lo tenia preso. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo fué Sandoval camino de Tlascala, y junto á la cabezera del pueblo mayor, donde residian los caciques, topó con toda la madera y tablazon de los bergantines, que la traian á cuestras sobre ocho mil indios, y venian otros tantos á la retaguarda dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traian el bastimento; y venian por capitanes de todos los tlascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que dello hablan, que era indio muy principal y esforzado; y tambien venian otros dos principales, que se decian Teulepile y Teutical, y otros caciques y principales, y á todos los traia á cargo Martín Lopez, que era el maestro que cortó la madera y dió la cuenta para las tablazones, y venian otros españoles que no me acuerdo sus nombres; y cuando Sandoval los vió venir de aquella manera hubo mucho placer por ver que le habian quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlascala algunos dias detenido, esperando á salir con toda la madera y tablazon; y así como venian, con el mismo concierto fueron dos dias caminando, hasta que entraron en tierra de mejicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podian hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entonces dijo el Martín Lopez, que lo traia todo á cargo, que seria bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venian, porque los tlascaltecas le habian dicho que temian aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de Méjico y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos; y luego mandó Sandoval repartir los de á caballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera y los demás en los lados; y mandó á Chichimecatecle, que iba por capitán delante de todos los tlascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenian por esforzado; y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron á entender que siempre los mejicanos daban en el fardaje, que quedaba atrás; y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval y dijo que le hacian honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos dias de camino llegaron á Tezcuco, y antes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas, puestos en ordenanza, caminaron, y no quebraron el hilo en mas de

medio día que iban entrando y dando voces y silbos y diciendo: «Viva, viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlascala, Tlascala.» Y llegaron á Tezcuco, y Cortés y ciertos capitanes les salieron á recibir, con grandes ofrecimientos que Cortés hizo á Chichimecatecle y á todos los capitanes que traia; é las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente á los bergantines se puso cerca de las zanjias y esteros donde se habian de labrar; y desde allí adelante tanta prisa se daban en hacer trece bergantines el Martín Lopez, que fué el maestro de los hacer, con otros españoles que le ayudaban, que se decian Andrés Nuñez y un viejo que se decia Ramirez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernandez, aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar, que les ayudaba á machacar; todos se dieron gran prisa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltó sino calafatearlos y ponerles los mástiles y jarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teniamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto á la laguna, y los mejicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venian á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en Méjico hacian y concertaba Guatemuz; y era, que por via ninguna habian de hacer paces, sino morir todos peleando ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos á Méjico, y cómo les perdonaba el tributo y el trabajar, que de día y de noche trabajaban de hacer casas y abondar los pasos de las puentes y hacer albarradas muy fuertes, y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dejemos esta materia, y volvamos á decir de nuestra zanja y acequia, por donde habian de salir los bergantines á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podian nadar por ella navios de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos cómo nuestro Cortés fué á una entrada de Saltocan.

CAPITULO CXLI.

Cómo nuestro capitán Cortés fué á una entrada al pueblo de Saltocan, que está de la ciudad de Méjico obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí á otros pueblos; y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habian venido allí á Tezcuco sobre quince mil tlascaltecas con la madera de los bergantines, y habia cinco dias que estaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenian mantenimientos, antes les faltaban; y como el capitán de los tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decia Chichimecatecle, dijo á Cortés que queria ir á hacer algun servicio á nuestro gran emperador y batallar contra mejicanos, así por mostrar sus fuerzas

y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, así en Méjico como en sus tierras; y que le pedia por merced que ordenase y mandase á qué parte podrian ir que fuesen nuestros enemigos; y Cortés les dijo que les tenia en mucho su buen deseo, y que otro día queria ir á un pueblo que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, mas que están fundadas las casas en el agua de la laguna, é que habia entrada para él por tierra; el cual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia tres veces, y no quiso venir, y que les tornó á enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetecuco y de Obtumba, que eran sus vecinos, y que en lugar de venir de paz, no quisieron, antes trataron mal á los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fué, que si allá íbamos, que no tenian menos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallaríamos; é que habian tenido aquella respuesta de sus ídolos que allí nos matarian, y que les aconsejaron los ídolos que esta respuesta diesen; y á esta causa Cortés se apercebió para ir él en persona á aquella entrada, y mandó á doscientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía, y treinta de á caballo, y llevó consigo á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí y muchos ballesteros y escopeteros, y á todos los tlascaltecas, y una capitania de hombres de guerra de Tezcuco, y los mas dellos principales; y dejó en guarda de Tezcuco á Gonzalo de Sandoval, para que mirase mucho por los bergantines y real, no diesen una noche en él; porque ya he dicho que siempre habiamos de estar la barba sobre el hombro, lo uno por estar tan á la raya de Méjico, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de mejicanos; y mandó al Sandoval y á Martín Lopez, maestro de hacer los bergantines, que dentro de quince dias los tuviesen muy á punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Después de haber oido misa salió con su ejército, é yendo su camino, no muy lejos de Saltocan encontró con unos grandes escuadrones de mejicanos, que le estaban aguardando en parte que creyeron aprovecharse de nuestros españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de á caballo, y él juntamente con ellos; y después de haber disparado las escopetas y ballestas, rompieron por ellos y mataron algunos de los mejicanos, porque luego se acogieron á los montes y á partes que los de á caballo no los pudieron seguir; mas nuestros amigos los tlascaltecas prendieron y mataron obra de treinta; y aquella noche fué Cortés á dormir á unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores de campo y velas y rondas y espías, porque estaba entre grandes poblaciones; y supo que Guatemuz, señor de Méjico, habia enviado muchos escuadrones de gente de guerra á Saltocan para les ayudar, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros; y otro día de mañana junto al pueblo comenzaron los mejicanos y los de Saltocan á pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara y flecha, y piedra con hondas desde las acequias donde estaban, é hirieron á diez de nuestros soldados y muchos de los amigos tlascaltecas, y ningun

mal les podian hacer los de á caballo, porque no podian correr ni pasar los esterros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solian tener, por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos dias le habian deshecho y le abrieron á mano, y la abundaron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podian en ninguna manera entrarles en el pueblo ni hacer daño ninguno; y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban á los que andaban en canoas, traianlas tan bien armadas de talabardones de madera, é demas de los talabardones, guardábanse bien; y nuestros soldados, viendo que no aprovechaba cosa ninguna y no podian atinar al camino y calzada que de antes tenian en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mejicanos y los del pueblo les daban grande grita y les llamaban de mujeres, é que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañarlos con palabras y mentiras; y en este instante dos indios de los que allí venian con los nuestros, que eran de Tepetezcuco, que estaban muy mal con los de Saltocan, dijeron á un nuestro soldado, que habia tres dias que vinieron, cómo abrian la calzada y la lavaron y la hicieron zanja, y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir é iba camino al pueblo. Y cuando nuestros soldados lo hubieron entendido, y por donde los indios les señalaron, se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco á poco, y no todos á la par, y el agua á vuelapié, y á otras partes á mas de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de á caballo aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de Méjico y diesen en la rezaga; y cuando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como á terrero, y hirieron muchos; mas, como iban deseosos de llegar á la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante, hasta que dieron en ella por tierra sin agua, y vanse al pueblo; y en fin de mas razones, tal mano les dieron, que les mataron muchos mejicanos, y lo pagaron muy bien, é la burla que dellos hacian; donde hubieron mucha ropa de algodón y oro y otros despojos; y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los mejicanos y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar, y se van á Méjico; y los nuestros, de que los vieron despoblados, quemaron algunas casas, y no osaron dormir en él por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el capitán Cortés aguardándolos; y allí en aquel pueblo se hubieron muy buenas indias, y los tlascaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro y otros despojos, y luego se fueron á dormir á unas caserías que serian una legua de Saltocan, y allí se curaron, y un soldado murió dende á pocos dias de un flechazo que le dieron por la garganta; y luego se pusieron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de culchúas; y otro dia fueron camino de un gran pueblo que se dice Coluatitlan, é yendo por el camino, los de aquellas poblaciones y otros muchos

mejicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podian correr los caballos ni se les podia hacer ningun daño, porque estaban entre acequias; y desta manera llegaron á aquella poblacion, y estaba despoblado de aquel mismo dia y alzado el hato, y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas; y otro dia fueron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca, y este pueblo soliamos llamar la primera vez que entramos en Méjico el pueblo de las Serpes, porque en el adoratorio mayor que tenian ballamos dos grandes bultos de serpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quien adoraban. Dejemos esto, y digamos del camino, y es que este pueblo hallaron despoblado como el pasado, que todos los indios naturales dellos se habian juntado en otro pueblo que estaba mas adelante; y desde allí fué á otro pueblo que se dice Escapuzalco, que seria del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro é plata al gran Montezuma, y soliamosle llamar el pueblo de los Plateros; y desde aquel pueblo fué á otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche cuando salimos de Méjico desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, segun dicho tengo en el capitulo pasado que dello habla; y tornemos á nuestra plática: que antes que nuestro ejército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando á Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde habia pasado, y los de Tacuba y de mejicanos, porque Méjico está muy cerca dél, y todos juntos comenzaron á dar en los nuestros, de manera que tuvo harto nuestro capitán de romper en ellos con los de á caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hicieron retraer; y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas, y otro dia de mañana, si muchos mejicanos habian estado juntos, muchos mas se juntaron aquel dia, y con gran concierto venian á darnos guerra, de tal manera, que herian algunos soldados; mas todavía los nuestros los hicieron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuvieron tiempo de les entrar en Tacuba y quemalles muchas casas y metelles á sacomano; y como aquello supieron en Méjico, ordenaron de salir muchos mas escuadrones de su ciudad á pelear con Cortés, y concertaron que cuando peleasen con él, que hiciesen que volvian huyendo hácia Méjico, y que poco á poco metiesen á nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraian de miedo; é así como lo concertaron lo hicieron, y Cortés, creyendo que llevaba vitoria, los mandó seguir hasta una puente; y cuando los mejicanos sintieron que tenian ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de indios, que unos por tierra, otros con canoas y otros en las azuteas, le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido é desbaratado; porque á una puente donde habia llegado cargaron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podia valer; é un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le

hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenian ya asido los mejicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado, que se escapó con su bandera; y en aquella refriega mataron cinco soldados, é hirieron muchos de los nuestros; y Cortés, viendo el gran atrevimiento y mala consideracion que habia hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió cómo los mejicanos le habian cebado, luego mandó que todos se retrajesen; y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herian los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de Méjico, y cuando se vió en tierra firme dió muchas gracias á Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dijo al alférez que cayó con la bandera en la laguna, que se decia Juan Volante, por le afrentar (que no estaba bien con él por amores de una mujer) ciertas palabras pesadas, y no tuvo razon de decir aquellas palabras, porque el alférez era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas; y al Pedro de Ircio no le fué muy bien de su mala voluntad que tenia contra Juan Volante, el tiempo andando. Dejemos á Pedro de Ircio, y digamos que en cinco dias que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés tuvo batalla y reencuentros con los mejicanos y sus aliados; y desde allí dió la vuelta para Tezcucó, y por el camino que habia venido se volvió, y le daban grita los mejicanos, creyendo que volvia huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió; y les esperaban en partes que querian ganar honra con él y matalle los caballos, y le echaban celadas; y como aquello vió, les echó una en que les mató é hirió muchos de los contrarios, é á Cortés entonces le mataron dos caballos é un soldado, y con esto no le siguieron mas; é á buenas jornadas llegó á un pueblo sujeto á Tezcucó, que se dice Aculman, que estará de Tezcucó dos leguas y media; y como lo supimos cómo habia allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval á le ver y recibir, acompañado de muchos caballeros y soldados y de los caciques de Tezcucó, especial de don Hernando, principal de aquella ciudad; y en las vistas nos alegramos mucho, porque habia mas de quince dias que no habiamos sabido de Cortés ni de cosa que le hubiese acaecido; y después de le haber dado el bien venido y haberle hablado algunas cosas que convenian sobre lo militar, nos volvimos á Tezcucó aquella tarde, porque no osábamos dejar el real sin buen recaudo; y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro dia, que llegó á Tezcucó; y los tlascaltecas, como ya estaban ricos y venian cargados de despojos, demandaron licencia para irse á su tierra, y Cortés se la dió; y fueron por parte que los mejicanos no tuvieron espías sobre ellos, y salvaron sus haciendas. Y á cabo de cuatro dias que nuestro capitán reposaba y estaba dando prisa en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del norte á demandar paces y darse por vasallos de su majestad; los cuales pue-

blos se llaman Tucapan y Mascalcóé Naultran, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trajeron un presente de oro y ropa de algodón; y cuando llegaron delante de Cortés, con gran acato, después de haber dado su presente, dijeron que le pedian por merced que les admitiese á su amistad, y que querian ser vasallos del rey de Castilla, y dijeron que cuando los mejicanos mataron sus teules en lo de Almería, y era capitán dellos Quete Alpopoca, que ya habiamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venian fueron en ayudar á los teules; y después que Cortés les hubo oido, puesto que entendia que habian sido con los mejicanos en la muerte de Juan de Escalante y los seis soldados que le mataron en lo de Almería, segun he dicho en el capitulo que dello habla, les mostró mucha voluntad y recibió el presente, y por vasallos del Emperador nuestro señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido ni se lo trajo á la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa; y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante vinieron á Cortés otros pueblos de los que se habian dado por nuestros amigos á demandar favor contra mejicanos, y decian que les fuésemos á ayudar, porque venian contra ellos grandes escuadrones, y les habian entrado en su tierra y llevado presos muchos de sus indios, y á otros habian descalabrado. Y tambien en aquella sazón vinieron los de Chalco y Talmanalco, y dijeron que si luego no les socorrian que serian perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos; y tantas lástimas decian, que traian en un paño de manta de nequen pintado al natural los escuadrones que sobre ellos venian, que Cortés no sabia qué se decir ni qué responderles, ni dar remedio á los unos ni á los otros; porque habia visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habian muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las armas que siempre traíamos áuestas, é de que á la continua íbamos á las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos; y demás desto, viendo que se habian muerto tres ó cuatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir á entrar, unos venidos y otros vueltos. La respuesta que les dió á los primeros pueblos fué que les halagó y dijo que iria presto á les ayudar, y que entre tanto que iba, que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos, y que esperasen en campo á los mejicanos, y que todos juntos les diesen guerra, é que si los mejicanos viesen que les mostraban cara y ponian fuerzas contra ellos, que temerian, é que ya no tenian tantos poderes los mejicanos para les dar guerra como solian, porque tenian muchos contrarios; y tantas palabras les dijo con nuestras lenguas, é les esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto, que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcas, nuestros amigos, para que les fuesen á ayudar. Las cartas en aquel tiempo no las entendian; mas bien sabian que entre nosotros se tenia por cosa cierta que cuando se enviaban eran como mandamientos ó señales que les mandaban algunas cosas de calidad; é con ellas se fueron muy contentos, y las mostraron á sus amigos y los llamaron; y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el cam-

po á los mejicanos y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, á quien dieron la carta, no les fué mal en la pelea. Volvamos á los de Chalco: que viendo nuestro Cortés que era cosa muy importante para nosotros que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchúa; porque, como he dicho otra vez, por allí habian de ir é venir á la villa rica de la Veracruz é á Tlascalca, y habiamos de mantener nuestro real, porque es tierra de mucho maíz, luego mandó á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, que se aparejase para otro día de mañana ir á Chalco, y le mandó dar veinte á caballo y ducientos soldados, y doce ballesteros y diez escopeteros, y los tlascaltecas que habia en nuestro real, que eran muy pocos, porque, como dicho habemos en este capítulo, todos los mas se habian ido á su tierra cargados de despojos, y tambien llevó una capitania de los de Tezcuco, y en su compañía al capitán Luis Marin, que era su muy íntimo amigo; y quedamos en guarda de aquella ciudad y bergantines Cortés é Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí con los demás soldados. Y antes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir cómo, estando escribiendo en esta relacion todo lo acaecido á Cortés, de Saltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos que habian leído la Historia de Gómora, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenia escrito el coronista Gómora de la misma entrada que hizo Cortés; y la una era que dió Cortés vista á Méjico con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna; la otra era que cuando Cortés entró en la calzada de Méjico que tuvo pláticas con los señores y caciques mejicanos, y les dijo que les quitaria el bastimento y se morirían de hambre; y la otra fué que Cortés no quiso decir á los de Tezcuco que habia de ir á Saltocan, porque no le diesen aviso. Yo respondí á los mismos hidalgos que me lo dijeron, que en aquella sazón los bergantines no estaban acabados de hacer, é que ¿cómo podía llevar por tierra bergantines ni por la laguna los caballos ni tanta gente? Que es cosa de reír ver lo que escribe; y que cuando entró en la calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escapar él y su ejército, que estuvo medio desbaratado; y en aquella sazón no habiamos puesto cerco á Méjico, para vedalles los mantenimientos, ni tenian hambre, y eran señores de todos sus vasallos; y lo que pasó muchos dias adelante, cuando los teniamos en grande aprieto, pone ahora el Gómora; y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir á Saltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcuco, porque por allí era el camino, y no otro; y en lo que escribe va muy errado, y á lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar á quien á él se le antojó, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heróicos hechos le daban aquellas relaciones; y esta es la verdadera; y como lo hubieron bien entendido los mismos que me lo dijeron, y vieron claro lo que les dije ser así, se convencieron. Y dejemos esta plática, y tornemos al capitán Gonzalo de Sandoval, que partió

de Tezcuco después de haber oído misa, y fué á amanecer cerca de Chalco; y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval fué á Chalco é á Talmanalco con todo su ejército; y lo que en aquella jornada pasó diré adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo los pueblos de Chalco y Talmanalco vinieron á decir á Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para les venir á dar guerra; é tantas lástimas le dijeron, que mandó á Gonzalo de Sandoval que fuese allá con ducientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascalca y otra capitania de los de Tezcuco, y llevó al capitán Luis Marin por compañero, porque era su muy grande amigo; y después de haber oído misa, en 12 dias del mes de marzo de 1521 años, fué á dormir á unas estancias del mismo Chalco, y otro día llegó por la mañana á Talmanalco, y los caciques y capitanes le hicieron buen recibimiento y le dieron de comer, y le dijeron que luego fuese hácia un gran pueblo que se dice Guaztepeque, porque hallaria juntos todos los poderes de Méjico en el mismo Guaztepeque ó en el camino antes de llegar á él, é que todos los de aquella provincia de Chalco irían con él; y al Gonzalo de Sandoval parecióle que seria muy bien ir muy á punto; y puesto en concierto, fué á dormir á otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalacan, porque las espías que los de Chalco tenían puestas sobre los culchúas vinieron á avisar cómo estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, é que habia algunas quebradas é arcabuezos, adonde esperaban; y como el Sandoval era muy avisado y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de á caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y cuando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de á caballo rompiesen por ellos á media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear, sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen; y mandó á los soldados de á pie que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se lo mandase; porque, como le decian que eran muchos los enemigos (y así fué verdad), y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabian si tenían hoyos hechos ó algunas albaradas, queria tener sus soldados enteros, no le viniese algun desman; é yendo por su camino, vió venir por tres partes repartidos los escuadrones de mejicanos dando gritas y tañendo trompetillas y atabales, con todo género de armas, segun lo suelen traer, y se vinieron como leones bravos á encontrar con los nuestros; y cuando el Sandoval los vió tan denodados, no guardó á la orden que habia dado, y dijo á los de á caballo que antes que se juntasen con los nuestros que luego rompiesen, y el Sandoval delante animando á los suyos dijo: «Santiago, y á ellos;» y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones mejicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntaron todos é hicieron rostro, porque se ayudaban con los malos pasos é quebradas, porque

los de á caballo, por ser los pasos muy agros, no podian correr, y se estuvieron sin ir tras ellos; á esta causa les tornó á mandar Sandoval á todos los soldados que con buen concierto les entrasen, los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuesen á los lados, y cuando viesen que les iban hiriendo y haciendo mala obra, y oyesen un tiro desta otra parte de la barranca, que seria señal que todos los de á caballo á una arremetiesen á les echar de aquel sitio, creyendo que les meterian en tierra llana que habia allí cerca; y apercebió á los amigos que ellos ansimismo acudiesen con los españoles, y así se hizo como lo mandó; y en aquel tropel recibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargaron; y en fin de mas pláticas, les hicieron ir retrayendo, mas fué hácia otros malos pasos; y Sandoval con los de á caballo los fué siguiendo, y no alcanzó sino tres ó cuatro; y uno de los nuestros de á caballo que iba en el alcance, que se decía Gonzalo Dominguez, como era mal camino, rodó el caballo y tomóle debajo, y dende á pocos dias murió de aquella mala caída. He traído esto aquí á la memoria deste soldado, porque este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores jinetes y esforzado que Cortés habia traído en nuestra compañía; y tenía-mosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como al Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos á Sandoval y á todo su ejército, que los fué siguiendo hasta cerca del pueblo que se dice Guaztepeque, y antes de llegar á él le salen al encuentro sobre quince mil mejicanos, y le comenzaban á cercar y le hirieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba rompe los dos escuadrones con los de á caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hácia el pueblo para tornar á aguardar á unos mamparos que tenían hechos; mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera, que no tuvieron tiempo de aguardar, y los de á caballo siempre fueron en el alcance por otras partes, hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se pudieran haber; y creyendo que no volverian mas á pelear aquel día, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos y comenzaron á comer, que se habia habido mucho despojo; y estando comiendo vinieron dos de á caballo y otros dos soldados que habia puesto antes que comenrase á comer, los unos para corredores del campo y los otros por espías, y vinieron diciendo: «Al arma, al arma; que vienen muchos escuadrones de mejicanos;» y como siempre estaban acostumbrados á tener las armas muy á punto, de presto cabalgan y salen á una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla; y después que estuvieron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hirieron algunos de los nuestros, y tal priesa les dió el Gonzalo de Sandoval con los de á caballo, y con las escopetas y ballestas y cuchilladas los soldados, que les hicieron huir del pueblo por otras barrancas, y por aquel día no volvieron mas; y cuando el capitán Sandoval se vió libre desta refriega dió muchas gracias á Dios, y se fué á reposar y dormir á una huerta que habia en aquel pue-

HA-II.

blo, la mas hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar que se habia visto en la Nueva-España; y tenia tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenia mas de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte dias que vine con Cortés cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré; y la causa por que no vine en aquella sazón es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al gaxate, que estuve della á peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, cuando nos apretaron tanto; y como yo no fui en esta entrada, por eso digo en esta mi relacion: «Fueron y esto hicieron y tal les acaeció;» y no digo: «Hicimos ni hice ni vine ni en ello me hallé;» mas todo lo que escribo acerca dello pasó al pié de la letra; porque luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaece; y así, no se puede quitar ni alargar mas de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto, y volveré al capitán Gonzalo de Sandoval, que otro día de mañana, viendo que no habia mas bullicio de guerreros mejicanos, envió á llamar á los caciques de aquel pueblo con cinco indios naturales de los que habian prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió á decir que no hubiesen miedo y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dijo otras buenas razones, y los mensajeros que fueron á tratar las paces, mas no osaron venir los caciques por miedo de los mejicanos; y en aquel mismo día tambien envió á decir á otro gran pueblo que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no querian guerra, y que miren y tengan en la memoria en qué han parado los escuadrones de culchúas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados; que vengan de paz, y que los mejicanos que tienen en guarnicion que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra y los castigará; y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios; y como aquella respuesta le dieron, y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabian que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos mas mejicanos en guarnicion para les ir á Chalco á dar guerra cuando viesen vuelto al Sandoval, á esta causa le rogaron que fuese allá y los echase de allí; y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido y tenia muchos soldados y caballos heridos, y lo otro, como habia tenido tres batallas, no se quisiera meter por entonces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba; y tambien algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narvaz, le dijeron que se volviese á Tezcuco y que no fuese á Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desman; y el capitán Luis Marin le aconsejó que no dejase de ir á aquella fuerza y hacer lo que pudiese; porque los caciques de Chalco decian que si desde allí se volvian sin deshacer el poder que estaba